

MAS ALLA DE LOS SOCIALISMOS

POR

GUSTAVE THIBON (*)

Señoras,
Señoritas,
Señores,
Queridos amigos todos:

Lo primero que les voy a decir es esto: no aplaudan; intenten empaparse de las verdades que puedan, tal vez, manifestarse a través de este hombre que ahora tenéis delante, a pesar de sus limitaciones e imperfecciones, de las que, os ruego que lo creais, es cruelmente consciente.

Tengo la impresión, no diré que de hablaros por última vez, pero sí de andarle muy cerca. Tengo bastantes ganas de ser relevado y tanto más cuanto que tratamos cuestiones que conciernen al porvenir. El porvenir de la ciudad, el porvenir de la humanidad, y lo cierto es que me siento mucho más próximo a la eternidad que al porvenir.

En otras palabras, mi visión del porvenir es extremadamente débil. Pero precisamente por eso, quisiera pintar un poco el porvenir que nos aguarda a la luz de la eternidad que entreveo. Hablemos, pues, de la *tentación socialista* y de los «más allá» del socialismo.

(*) Le resultará fácil al lector comprender que hayamos preferido pedir al autor que conservase la espontaneidad de sus palabras, inseparable de la riqueza y sabor de su pensamiento, a cambio de sacrificar algunas veces las exigencias de la lengua escrita. Y es que no se trata de un intento didáctico en sentido estricto, sino más bien de un estimulante revelador, formulado en ese estilo coloquial que constituye su impacto y su atractivo.

¿De qué socialismo estamos hablando?

No creo que haya término más vago y más cargado de resonancias múltiples.

Se os dirá que hay 268 definiciones del socialismo, algunas de ellas contradictorias. Pero todos los socialismos tienen esto en común: se presentan no sólo como un proyecto de ordenación política y económica, sino con los colores de un proyecto ideal, de un progreso fulgurante hacia la realización de los más altos valores humanos: justicia, fraternidad, acuerdo del hombre consigo mismo, del hombre con la naturaleza, y del hombre con su prójimo.

En esta óptica, el socialismo es el hacedor de una felicidad casi total de la humanidad, felicidad todavía desconocida antes de su aparición, y sus promesas evocan, con claridad, el paraíso terrestre. Escuchemos a uno de los más grandes socialistas franceses y, por lo demás, uno de lo más simpáticos, Armand Clair, que nos dice: *«El verdadero socialista pide algo muy diferente que la justicia económica. Cree posible alcanzar un estado de espontaneidad, de confianza, de fe; sólo reclama la igualdad para alcanzar la fraternidad»*. Y esta idea, más o menos oscuramente sentida, explica la mentalidad real de todos los socialistas sinceros. Para ellos, la adopción de esta doctrina es una especie de conversión religiosa. Es la condición de una concepción nueva de la vida y de las relaciones sociales, muy distinta de las reclamaciones, por muy legítimas que sean, de acuerdos sobre las remuneraciones de trabajo. En un último análisis, dentro de la óptica del ideal socialista, se trata casi de borrar el pecado original.

«Todos los hombres desean ser felices», nos dice Santo Tomás; bueno, pues el socialismo nos enseña el camino, lo que sucede es que ese es el sueño del socialismo; pero, ¿qué es lo que en realidad sucede?

Lo cierto es que el socialismo de hoy ha salido ya de la era de las luchas y de los proyectos para entrar en la era de las realizaciones. Y, por ello, es menos perdonable creer en él ahora que todavía no había entrado en el campo de los hechos. Pues ¿qué vemos en los países socialistas? No vemos, como sería de esperar, el renacimiento de las verdaderas comunidades, de las familias primero,

depués de las profesiones con un sano mutualismo, de las cooperativas a escala humana de las *corporaciones*; muy al contrario, lo que vemos es el poder del Estado en todos los sectores de la actividad humana: en la economía, en la educación, en la información y, en el último límite, en la religión. El *Manifiesto* de Marx es muy claro a este respecto: expropiación de la propiedad privada, centralización del crédito en las manos del Estado, centralización de los medios de transporte, organización de industriales *sobre todo* con vistas a la agricultura. Y ya se ve el resultado en los países socialistas, salvo, tal vez, en Suecia.

¿Qué es lo que se observa? El debilitamiento de la prosperidad y la privación de la libertad, es decir, la escasez, unida a la servidumbre. Un poder burocrático, policial, sin fronteras. En otras palabras, lo contrario de lo prometido, la dictadura de una nueva clase de privilegiados, mientras que la prometida extinción del Estado se aplaza indefinidamente.

Recuerdo una conversación que tuve en un gran congreso donde había un soviético inteligente que no decía gran cosa en el congreso; me lo encontré en el tren y le pregunté por qué (ya que en aquel congreso se vendían todos los libros de Lenin) no estaba el famoso libro de Lenin sobre la extinción del Estado, es decir, sobre aquella sociedad ideal donde no habría ni policía, ni dinero, ni ejército y donde el Estado habría desaparecido, al ser las relaciones humanas de tal forma espontáneas y perfectas. Y me respondió con una sonrisa (estábamos en el tren y nadie nos oía): «¿Sabe usted, lo que se ha extinguido en Rusia?: la idea de la extinción del Estado». Y, en efecto, lo que sí puede decirse es que el Estado goza de magnífica salud. Es decir: se encuentra en él todo lo que se les reprocha a los peores gobiernos de derechas. Por lo demás, desde que la Revolución tomó el poder, asistimos a un giro brutal del rojo al blanco. La cosa está clara, y ya se vio lo que sucedió en la Revolución Francesa, que engendró a Napoleón, y en la Revolución Rusa, que engendró a Lenin y Stalin.

Una rusa me contaba últimamente un chiste que corre ahora por Rusia y que es muy significativo con respecto a lo que decimos: se cuenta —naturalmente es falso, es una broma— que Breznev invitó

a su anciana madre que vivía en el interior de una provincia y a la que no había visto desde su acceso al poder. Se la recibía triunfalmente en la estación con una serie de gentes con muy buena pinta, con hermosos coches y seguía después una recepción en el Kremlin. En fin: todo muy solemne y muy lujoso. La madre de Breznev tenía cierto aire azarado y triste. Cuando su hijo le preguntó él porqué, le contestó: *Oye Leónidas, ¿No tienes miedo? ¿Mira que si volviesen los rojos?»*.

Puede muy bien suceder así, pues las cosas han girado totalmente del rojo al blanco.

A la propaganda que todo lo promete, le sigue la mano de hierro que todo lo agarra. En otras palabras, la Revolución en el poder reniega automáticamente de los principios que la inspiraron. En todos los ambientes hay propaganda. ¡Qué vamos a hacer! Resulta difícil no hacerla. Pero haría falta que la propaganda fuera sincera, que se ocupara de realidades y, sobre todo, no debiera nunca intentar colar monstruosidades, porque entonces se condena a caer en la mentira. Los alemanes, por ejemplo —lo que demuestra que el régimen no había logrado agotar el humor de la gente—, contaban este otro apólogo: Durante el reinado de Hitler en 1938, el doctor Goebels, ministro de la propaganda, acaba de morir súbitamente. Se encuentra ante las puertas del Paraíso, muy sorprendido de que las ideas cristianas fueran verdaderas y algo azarado de encontrarse ante San Pedro. Pero en fin, el caso es que se presenta y le dice muy humildemente: *«soy el doctor Goebels»*. Entonces, San Pedro le contesta: *«¡Ah!, Doctor Goebels, entre herr Doktor!»*; entra, pues, en el Paraíso, muy sorprendido de que se lo permitieran. Pero aquella vida de contemplación y de alabanzas a Dios le resulta algo monótona; al cabo de cierto tiempo, ve una nube en el horizonte y, sobre esa nube, ve perfilarse a unos hombres que beben champán tranquilamente, rodeados de bonitas mujeres, más bien escasas de ropa, y pregunta: *«¿qué es esa nube?»*. *«Esa nube es el infierno»*, le dice un demonio que por allí pasaba; entonces responde él: *«¡Vaya! Pues es más bien allí donde me gustaría estar...»* San Pedro le dice entonces: *«Como usted quiera, ahí está la puerta, salga usted»*. Entonces se va hacia la nube, llama a una puerta que

está al fondo de la nube y se presenta diciendo: «*Doctor Goebels*». «*Entre*», le contestan; y entonces le cogen y le someten a mil suplicios. «*¡Pero si no es esto, no es esto! ¡Yo iba a aquella nube con el champán y las mujeres hermosas...!*» Entonces le responde el demonio: «*Eso, Herr Doktor, era nuestro ministerio de la propaganda*». Bueno, pues en esto estamos.

En otras palabras, es lo que decía la Escritura: la mentira es dulce para los labios y amarga para las entrañas y tanto más amarga para las entrañas cuanto más dulce para los labios. De todos modos, dado que ya se ha hecho la prueba, ¿como explicar la seducción que ejerce el socialismo en los países como Francia e Italia? ¿Por qué se apega a un modelo que, en cuanto se intenta aplicar a los hechos, agrava los males que pretendía curar?

Las causas son múltiples. En primer lugar, tenemos las causas intelectuales y, la primera, el espíritu de abstracción. Pascal decía: *espíritu matemático*, pues las matemáticas rigen las cosas siderales, sin relación directa con la realidad a la que se aplican. El espíritu de abstracción, pues, que amasa las ideas y los programas; ideas y programas tanto más satisfactorios para el pensamiento cuanto menos tienen en cuenta la realidad concreta y las múltiples interdependencias de los fenómenos psicológicos y sociales, que son lo concreto por excelencia. En el mundo de lo abstracto se funciona y ya no se investiga más; es tan fácil hacer funcionar cualquier cosa en el terreno de lo abstracto... Pero lo concreto se escapa a todos lados, luego, por lo tanto...

Hubo un francés que se llamaba Charles Andler, del todo olvidado hoy en día, y que fue el inventor de la palabra «socialismo». Era un tiempo algo posterior a Saint Simon que, según creo, no empleó el término.

«*El socialismo* —nos dice— (¡muchísima atención!), *se ha convertido en el arte de improvisar una sociedad irreprochable*. «*Improvisar*», como fórmula, es admirable. No se improvisa nada; todo el mundo lo sabe. Si doy una conferencia improvisada (hoy no es este el caso), no será en absoluto improvisada; estará preparada por lo poco que sé, desde hace años. Y, por otro lado, no existe una sociedad irresponsable. «*Pero —sigue diciéndonos— las so-*

ciudades no son decorados de Opera. Representan un conjunto de sentimientos y de intereses que la voluntad humana no puede cambiar a su gusto, ¡y es tan fácil quedarse en el terreno de lo abstracto!

A este respecto, las mejores lecciones que he recibido las recibí en mi infancia. Tenía unos nueve años; no era un alumno demasiado malo en la escuela primaria que dirigía un maestro anticlerical, pero terriblemente trabajador y excelente educador. El tío de América estaba en casa: tardó tres semanas en venir desde la República Argentina hasta nuestro país: tenía una aureola de increíble prestigio. Mientras paseábamos, me dijo: —«Sabes aritmética». —«Sí, tío». —«Bien, en ese árbol hay diez pájaros, viene un cazador y mata a seis, ¿cuántos quedan?» Y yo contesto: —«cuatro, tío». —«No, idiota, no queda ninguno, porque el disparo hizo huir a los demás».

Bueno, pues así es exactamente y así lo veía yo cuando, en no sé ya qué país, donde no hay una industria automovilista nacional (en Holanda tal vez, o en Bélgica, ya no me acuerdo) y donde circulan buena cantidad de coches americanos que pagan menos derechos que en nuestro país, se decidió, suponiendo que las gentes que tenían coche americano eran algo más ricos que los otros, doblar o triplicar las tasas de dichos coches calculando con entera justicia que se lograría, así, doblar o triplicar los beneficios. Sí, pero las gentes no son idiotas; guardaron su coche en el garaje o lo vendieron en el extranjero y compraron coches pequeños, por lo que el beneficio fue mínimo. ¡Qué quieren ustedes!, los disparos del fisco hicieron huir a los pájaros... Pero los señores funcionarios no habían contado con ello. El espíritu abstracto es algo terrible. Es la expresión: «No hay más que...». Así pues, intelectualmente, es el espíritu abstracto y, moralmente, el espíritu de deserción y de huida lo que corroe nuestro mundo occidental.

Y entonces le pide uno al Estado que zanje todos los problemas y asegure la felicidad de todos los hombres, una felicidad, en última instancia, sin riesgos y sin esfuerzo. El país de Jauja, donde se atan los perros con longaniza. ¡Reconoced que es maravilloso! «¿A qué espera el Estado para...?»; no me digais que no habéis

oído esta expresión... Hubo un economista que decía: «El Estado es esa gran ficción en virtud de la cual todo el mundo intenta vivir a expensas de todo el mundo». Una fórmula admirable para designar el Estado moderno, todos privilegiados. Pero eso quiere decir todos parásitos. Y cuando los parásitos empiezan a devorarse los unos a los otros, acaban por desaparecer todo los parásitos. Pero ya no hay nada más. Y entonces, ¿quién alimentará al parásito?

Un compatriota me decía un día (tal vez es algo duro para los franceses): «los franceses no pueden ya ni perder un botón de la camisa sin hacer responsable al Estado y pedirle un recambio». La fórmula es apenas exagerada y tiene mucho de verdadera. Paralelamente, la generalización de la idea de derecho: «Tengo derecho a esto, tengo derecho a aquello», sin preocuparse, por supuesto, en modo alguno, de corresponder a ese derecho.

Estamos convencidos de que tenemos derecho a todo: derecho al trabajo. Pues sí; tenemos derecho al trabajo, en cierto modo, pero hace falta ponerse a ello y crear las condiciones necesarias. Derecho a la salud. Pero hay muchos médicos, —¡perdón!— que hacen más mal que bien. Derecho a esto, derecho a lo otro, derecho al amor... ¡Derecho al amor! En América, por ejemplo, yo he visto mujeres que reivindicaban el derecho al amor... ¡Pero señoras, primero hará falta que encuentren ustedes un enamorado!

Un magistrado francés me envió un libro —una colección de máximas de las que muchas no son sinceras—, pero una hay que os presento para que la meditéis y que quisiera que recordaseis; en ella se da una definición de la democracia, no de la democracia en sí, ni de tal o cual democracia, sino de la democracia tal como se va concibiendo cada vez más en Francia. Llama a esta democracia para franceses, «el derecho a no tener ningún deber». Lo encuentro admirable, y de una rara profundidad. ¡El derecho a no tener deber alguno! No puede ir demasiado lejos. Evidentemente, las causas de descontento no faltan, lo que pasa es que, en virtud de esta idea de que el Estado lo puede todo, se le atribuye la responsabilidad única y total de todo lo que marcha mal. Esto constituye el peligro de la oposición y, precisamente, de la oposición socialista.

¡Qué quieren ustedes! Cuando se cree que el Estado lo puede todo, se prefieren promesas imposibles a realizaciones imperfectas. Tomad por ejemplo la idea del cambio que ha penetrado por todas partes. El cambio, ¿qué demonios quiere decir esto? Mi pobre vecina, que de nada entiende, me dijo un día...: «*Esto tiene que cambiar!*». «*Yo pienso lo mismo, tanto más cuanto que, ¿sabe usted, ¡siempre cambiará!; la vida está hecha de cambios, pero, ¿en qué sentido quiere usted que cambien?*»

Me contestó: «*Yo no lo sé, pero que cambie!*».

Como yo suelo decir, si hoy está usted bien de salud y mañana coge la viruela, ha habido un cambio, pero eso no quiere decir que haya sido para mejor. Y tanto más cuanto que hay aquí una mentalidad contradictoria: se quiere ser cada vez más libre y menos responsable, ignorando que no se puede abdicar la responsabilidad sin perder la libertad. Se olvida también que el Estado no puede dar, con una mano, más de lo que con la otra coge, y que siempre da menos de lo que coge, dada la complejidad de los mecanismos de absorción y de redistribución.

El mismo economista decía, hablando del Estado: «*la mano que coge es de naturaleza porosa y esponjosa y retiene gran parte de lo cogido*». Observad lo que representa el diluvio-burocrático y papeles. ¡Es de llorar! Proudhom decía, hace ciento cincuenta años, que después de las diferentes eras de la historia y después de las distintas edades, la edad de la piedra, la edad del hierro, etc., entrábamos en la edad de los papeles. Y, entrábamos en efecto; hasta para los detalles más pequeños de la vida hay que rellenar papeles, ¿Cómo queréis que no resulte irritante?

No hace demasiado tiempo, tuve una emisión en la televisión. Por una emisión, se te paga un tanto, lo cual no me parece nada mal. Y, en general, cuando hago cualquier tipo de prestación en el sitio que sea, si por ello gano algo, se me da ese algo. Pero aquí no. Me enviaron un montón de papeles así de grande, para rellenarlos. Se me preguntaba todo: si era viudo o soltero, si tenía hijos, mi afiliación a esto y mi afiliación a aquello. Acabé completamente desbordado, los rellené porque, a fin de cuentas uno es dócil. No bastó con esto; tuve todavía que rellenar todo un di-

lujos de papeles para cobrar una pequeña suma de dinero. A poco si no me preguntan cuántos dientes y pelos conservaba. Apenas exagero.

¡Es verdaderamente la edad del papelco!

También puede incriminarse a las reliquias de una mentalidad surgida de los excesos del capitalismo del pasado siglo. Por ejemplo, cuando se ven fórmulas del tipo de: «hay que hacer pagar a los millonarios». ¡Para los que quedan!...

Un economista de izquierdas me decía que si las grandes fortunas privadas se repartieran entre todos los franceses, se conseguiría un aumento infinitesimal de las rentas de cada uno a condición, además, de que la destrucción de estas fortunas privadas no desinflara toda la economía, pues hay algunos poseedores de estas fortunas que puede ser que no sean santos pero son, sin embargo, hombres eficaces y que contribuyen a la prosperidad del país. ¡A condición de que la prosperidad no varíe, el aumento sería infinitesimal! Pero, en fin, el caso es que pervive esa mentalidad transferida al programa: la «maldición» a los ricos del Evangelio.

Y ahora habría mucho que decir también sobre esta nueva hipocresía que se denomina hipocresía de la pobreza. No quiero dejar de denunciarla. Se hizo últimamente una encuesta sobre los líderes de la política francesa; respondieron como pudieron. Comprobé con estupefacción que las más elevadas de estas fortunas eran inferiores a la de tal comerciante o de tal pequeño terrateniente del partido judicial en que yo vivo; por lo demás, en los discursos necrológicos de los políticos, la suprema alabanza que se les puede hacer en el final de su vida es declarar pomposamente: «Abandonó los asuntos políticos tan pobre como cuando empezó con ellos»: Por mí, no hay inconveniente. La pobreza, o al menos la afectación de pobreza se ha puesto tremendamente de moda. Actualmente, los más acomodados claman su desprecio de los bienes materiales y se toman mucho trabajo para reducir al mínimo la exhibición de los signos exteriores de riqueza. Sí; la verdad es que es divertido y que están lejos los tiempos en que los pobres se avergonzaban de su indigencia. Un aristócrata arruinado me decía un día: «No im-

portaría nada el ser pobre si no fuera tan caro el parecer rico». Ahora, en cambio, es lo contrario. Muchos elegidos de la fortuna podrían decir: «No importaría nada ser rico si no fuese tan complicado parecer pobre». En fin, que el rico vergonzante ha sustituido al pobre humillado. Y por eso, ¡Qué quieren ustedes!, ante esta nueva hipocresía, inspirada además por la más baja demagogia, hay momentos en que experimento personalmente un cierto cosquilleo molesto y en que tendría más bien ganas de hacer una apología de la riqueza privada. Desde luego, no de cualquier riqueza, sino de la que corresponde a las cualidades del hombre que antaño se llamaba «el buen rico». Pues si es verdad que existe una riqueza ilegítima y culpable, que es la de los bienes mal adquiridos y mal empleados, hay también una riqueza, no sólo legítima, sino fecunda y bienhechora, la bien adquirida y bien empleada, lo mismo que hay una buena pobreza, surgida del desprendimiento o de la desgracia, y una mala pobreza, que es el fruto estéril de la impericia y de la pereza. En otras palabras, no es necesariamente un mérito el ser pobre ni una tara el ser rico. Os diría que prefiero a un Richelieu o un Colbert, que amasaron inmensas fortunas, pero cuya feliz gestión del patrimonio nacional merecía desde luego esa recompensa, a cualquier ministro íntegro pero inepto, que arruina al país sin enriquecerse él mismo, que también los hay, ¿no es verdad?... Es cierto que puede aliarse la codicia a la incompetencia. Algunos escándalos recientes parecen indicar que esta lamentable unión no es totalmente desconocida.

Cuando digo esto, no estoy hablando por mí mismo, y de ello me avergüenzo un poco. No tengo las cualidades necesarias para hacerme rico. Si un inmerecido favor me trajese la fortuna, me temo mucho que la regiría muy mal. Pero no veo ahí ninguna superioridad, sino todo lo contrario. Porque al ver cómo un Estado administra los dineros públicos, le gustaría a uno poseer el arte de administrar los dineros privados. En lo que a mí respecta, tanto valdría regalarme un piano de cola o un stradivarius, siendo así que no tengo el menor don para la música... ¡o equipar a un ciego con un telescopio!... Pero, en fin, quiero denunciar esta hipocresía, pues creo que es algo serio ya que la prosperidad, o bien es privada

o bien pública; la privada representa algo que se hunde muy adentro en la naturaleza humana. Y, al querer suprimir los ricos, como siempre habrá privilegiados en la Administración, se multiplicará el número de los malos ricos; y esto es precisamente lo que estamos viendo.

Otra razón del éxito del socialismo son los servicios prestados a la clase menos favorecida por los partidos de izquierda durante algún tiempo, cosa que es muy cierta. Un labrador me decía un día: «*Voto a los comunistas porque los comunistas defienden a los obreros*». Ciertamente; prestaron algunos servicios ante una clase patronal un poco lenta para ponerse en movimiento y apegada a sus privilegios; tuvieron ocasión de servirles de estímulo. No estimularon la producción pero sí una mejor distribución. Pero el día en que llegan al poder permiten una mejor distribución, en algunos casos, de los frutos —aunque la inflación va corroyendo cada vez más este privilegio—; pero, si a su vez se convierten en los gerentes del vergel, entonces habrá infinitamente menos frutos, como se ve en todos los países en que tienen el poder.

Hay pues un conjunto de razones que aquí he demostrado y que deberían hacer que no se cediera ante la tentación. Cuando vemos lo que representa, en un país como Francia, el *Programme Commun*, cuyo primer punto, o al menos el esencial, es la nacionalización... Sabemos, por experiencia, cómo funcionan las empresas nacionalizadas. Ya no recuerdo el número de millones de francos fuertes de déficit de que nos hablaba Mr. Barre. ¿Saben ustedes que pagando cada familia francesa una media de mil quinientos francos nuevos de impuestos salva el déficit de las empresas nacionalizadas? Y se busca el remedio en la misma línea del mal. Es la política de Griboville. Griboville, que exclama al tirarse al río: «*¡Oh río, líbrame de los inconvenientes de la lluvia!*».

Cerca de la mitad de la riqueza nacional está en manos del Estado. La opresión ha cambiado de cara pero se ha acentuado, y la prosperidad económica hace que se la sienta menos que en otras épocas, en que hubiera sido claramente insoportable. El Estado es un vampiro y, encima, se comporta como un vampiro inepto. Además, los aprovechados, no son necesariamente los peces gordos. En

un régimen socialista o socializante, hay gran cantidad de «peces flacos» que son parásitos y que sin embargo no nadan en la abundancia. Por ejemplo: el que se inscribe en el paro cuando hay trabajo. En mi pueblo conozco lo menos treinta, habiendo, sin embargo, trabajo en el campo. Pero es que inscribirse en el paro no cuesta nada. El afiliado a la seguridad social que consigue la baja por la más mínima enfermedad, ese también es un parásito. Y funcionarios inútiles, ¡Dios sabe los que hay! Ninguno de éstos nada en la abundancia, pero todos son parásitos y su número es tan grande que valen tanto como varios tiburones. Esto es lo que se observa cada vez más en nuestros países. Os he citado algunos ejemplos, pero podrían citarse casi, casi, hasta el infinito...

Ya veis, en particular, lo que representa la seguridad social. Y no tengo nada contra ella; creo que es hasta necesaria, pero, de todas formas, sería tan natural si estuviera concebida a escala humana, si fuera obra de la familia, de muchas familias, y de comunidades locales, de las empresas, de mutualidades, y así todo.

Hay que vivir en un pueblo para ver la masa de parasitismo que gravita sobre nosotros, gracias a ese socialismo que ya es el nuestro. ¡Los buenos de los labradores cuando descubrieron que la seguridad significaba medicamentos gratis!... No digo que no haya que creer en ella en absoluto, pero ¡todo tiene un límite!... Los medicamentos se despilfarran, se tiran y los médicos no pueden impedirlo: si no recetan algo, nadie cree en ellos... ¡Imaginaos el desperdicio y multiplicarlo por millones!...

Mirad, no hace mucho, mi vecino, un buen hombre, (me disculpo por dar ejemplos concretos pero los ejemplos concretos hacen que se sienta el mal y no soy yo el único en observar cosas parecidas), se pinchó el dedo con una espina de un ciruelo y se le formó un poco de pus. Va a un médico que le reexpide a una clínica y le dice el médico: *«Amigo mío, hay peligro de septicemia, no es cosa de broma: peligro de infección generalizada; habrá que operarle enseguida con anestesia total»*. Por suerte, vino a casa y me dijo: *¿«Tú qué crees?»* Entonces le mandé a un cirujano simpático y correcto que le dijo: *«Oye, tu abuela, ¿que hacía cuando tenías un pinchazo con pus? Te hacía mojar el dedo en un vaso de*

agua salada y muy caliente, ¿verdad? Pues ve y bázlo». Lo hizo durante dos días y se curó. Puede multiplicarse el ejemplo por mil para hacernos una idea de lo que es el socialismo. Entonces ¿cómo reaccionar?

Evidentemente, no tengo plan alguno que proponeros. Primero porque se han hecho montones de planes y todos saben lo que queda de ellos. No debe haber un programa abstracto sino sólo unas líneas generales en torno a las que debe gravitar la experiencia, una experiencia adaptada a las circunstancias y adaptada al esfuerzo creador de cada uno, para conseguir que lo que es se adapte a lo que debe ser. No es fácil, pero es lo único que puede hacerse.

¿Cómo reaccionar? No se trata, desde luego, de idealizar el sistema actual que, por lo demás, es ya socialista en gran parte, con restos del peor capitalismo, el capitalismo hipócrita, disimulado, irresponsable. Recordad lo que representa el escándalo político-financiero, las especulaciones estériles estimuladas, especialmente las monetarias, y el verdadero trabajo penalizado por los impuestos. Hay que acabar reconociendo que el socialismo no es una solución, sino un callejón sin salida. Porque, hay que repetirlo, agrava los males que pretende curar. Deja de ellos la forma más baja, expuesta en un libro curioso. *«La corrupción en la Unión Soviética»*. Dados los monstruosos reglamentos vigentes, el aspecto abstracto de la reglamentación, y la imposibilidad que los hombres tienen de obtener cualquier cosa por las vías legales, resulta que la corrupción reina cada vez más.

Y, entonces, el autor del libro elogia la corrupción, diciendo que es la última manifestación de las relaciones humanas, relaciones de persona a persona: uno entrega una cosa y le dan a uno otra; mientras que si se espera a que llegue de la Administración, no vendrá nunca o llegará tan mal que no merece la pena ni de hablar de ella. Y de esta forma, como las relaciones humanas están establecidas únicamente bajo la forma del fraude, el colectivismo acaba en el peor de los individualismos: los individuos, dispensados por obra del Estado-Providencia de toda preocupación sobre sí mismos, pierden al mismo tiempo toda preocupación por el prójimo. Es automático y es lo que hace que los dos extremos se toquen.

Para ilustrar este hecho, tenemos un admirable texto de Protoptin que, como sabéis, fue uno de los profetas del socialismo en el siglo pasado. El desgraciado vivió lo suficiente como para contemplar el derrumbamiento de su ideal, ya que murió en 1921, completamente desanimado y lleno de amargura. No le liquidaron por la sencilla razón de que se iba a morir solito. Y el mismo día de su entierro sacaron a los viejos de aquellos tiempos de antes, a sus viejos compañeros que aún tenían un ideal, los sacaron de prisión para que estuviese acompañado (y los volvieron a meter esa misma noche). Bueno, pues Protoptin escribía: *«la absorción de todas las funciones por el Estado favorece el individualismo más desenfrenado. A medida que el número de obligaciones para con el Estado va en aumento, los ciudadanos se sienten dispensados de sus obligaciones de los unos hacia los otros».*

Es verdaderamente admirable; es todo el socialismo el que está hablando: realmente no puede decirse que Protoptin sea un pensador de derechas, ¿verdad? La profecía es maravillosa: ante vosotros tenéis al comunismo anticomunitario y al cemento colectivista que aísla los granos de arena que une. Y así acabamos llegando —porque todos los grandes hombres son profetas— a aquella reflexión que Châteaubriand se hacía hace casi ciento cincuenta años. Viendo el crecimiento del igualitarismo y del socialismo de la época, escribía: *«Cuando toda gran empresa se haya hecho imposible, cuando a causa de la nivelación de las fortunas y de la indigencia por el fisco hayamos llegado al reparto igual de la propiedad, de la inteligencia y de todo, entonces nuestra felicidad no tendrá ya límites, nos arrastraremos en un fango indiviso en estado de reptiles pacíficos».* ¡Bonita visión del porvenir! ¿Tan lejos estamos de ello?

Bien: ¿qué perspectivas ofrece el socialismo? Es una monstruosa intervención, cuyo absurdo está velado por la costumbre; es el creer que va a cambiar al hombre cambiando las leyes y que las reformas de estructuras impuestas desde fuera a la autoridad política pueden crear en su interior aquellas virtudes que se presuponen para que pueda ejercerse sin peligro. Creo que el socialismo podría reinar si todos los hombres fueran santos, lo mismo que cualquier otro régimen. Pero sucede que presupone esa virtud y no la produce en

grado alguno. Creer lo contrario no es más que una gran ilusión. Antes os he citado el ejemplo de la seguridad social; haría falta un pueblo de santos para no abusar de ella tal como ha sido creada, en esa forma dispersa, anónima e irresponsable.

La mejor o menos mala forma de sociedad es aquella en que el hombre está ligado a su función en la ciudad, al gran número de elementos de su personalidad, desde el egoísmo y el interés material de los que nunca hay que hacer abstracción —cuando se tiene algo de sentido común—, hasta el espíritu de sacrificio o hasta el ideal de perfección (¿cristiana?). Es decir, una sociedad que ciertamente no es perfecta pero donde hay, a la vez, los suficientes riesgos para aguijonear la iniciativa y la bastante seguridad para asegurar el arraigo y la continuidad. Simone Weil (para los que no la conozcan diré que se trata de la filósofa, mística y asceta, muerta en 1943 en Londres después de una vida heroica. Recuerdo con esto que existió y que no debe confundírsela con la ministro del mismo nombre, porque la confusión surge a menudo, de tal manera que recibo cartas en que se me dice, por ejemplo: «¿Cómo puede usted considerar como una gran mística a la autora de la ley sobre el aborto?», y he recibido otras, preguntándome recomendaciones para ambas mujeres. Más vale prevenir: cuando una haya pasado, la otra permanecerá, pero, de momento, la actual oculta a la eterna), repito, Simone Weil decía, pues, que el peligro y la seguridad son dos necesidades esenciales del alma humana, es decir, cierta seguridad y cierto riesgo. Un riesgo que, naturalmente, no llega hasta la amenaza de destrucción completa de la obra de un hombre y una seguridad que no le haga dormirse en los laureles. En otras palabras, una sociedad en que la libertad esté acompañada de responsabilidades correlativas y estrechas, directas y personales. Se habla de libertad y no se habla de responsabilidades. Mi ilustre colega Franck, que era psicoanalista que, por cierto, abandonó el freudismo, y actualmente da clases en los Estados Unidos, dice muy a menudo a los americanos que hicieron muy bien en levantar una estatua a la libertad en la ribera del Atlántico, pero que mucho ganarían si, para hacer contrapeso, levantaran una estatua a la responsabilidad en la costa del Pacífico. Se realizaría así un cierto equilibrio.

Tenemos un ejemplo, simplemente un ejemplo, pues no se trata de generalizar, pero que al menos es un ejemplo de sociedad viable: un pueblo, donde el alcance local del campesino queda canalizado por la necesidad de producción. Necesita a los otros, y esa necesidad que se tiene de los otros en la comunidad rural refrena el egoísmo. Cuando mi tendero me dice: «*Mire usted, yo no hablo mal de nadie porque, ¿comprende usted?, necesito a todos*», sé perfectamente que sus palabras no proceden de móviles transcendentales; pero, al menos, hay un hecho, y es que la calumnia no se produce. Y ya es algo.

A nadie le falta tierra, lo que constituye una seguridad; pero a condición de que no falte el hombre a la tierra, lo que constituye una responsabilidad y un riesgo. En este marco, el parasitismo es desconocido, o al menos era desconocido hasta la llegada de la seguridad social tal como la conocemos, hasta que los buenos de los labradores aunque siguen trabajando como leones, cobran un retiro. En realidad puede que lo hayan ganado en parte. Pero era algo francamente desconocido allí donde el parásito era denunciado como tal. Y si había algún retrasado mental, se le socorría también como a tal. Sí: así es una pequeña comunidad. Evidentemente, no puede tomarse como modelo absoluto para la sociedad industrial y para la sociedad urbana, pero, de todas formas, me parece fundamental que exista, y si se hiciera imposible, ¡desgraciada humanidad!: se hundirá y tras su hundimiento, volverá a ser posible. Pero, ¡más valdría que fuese antes del hundimiento! Digamos que, más allá de los socialismos, lo que importa es que renazcan las verdaderas comunidades humanas; es decir, no es solución ni el individualismo ni el colectivismo, ni el hombre aislado ni la masa, pues el uno implica la otra, como he dicho ya tantas veces.

Y ¿cómo hacerlo? Observad, en la desorientación actual de los políticos, qué es lo que sucede cuando se consiguen «unas buenas elecciones». Más vale una política buena que una mala y unas elecciones menos que unas malas, pero yo, de todos modos, creo que si se trata de un verdadero renacimiento, tendrá que venir del interior, de un clamor de la base, como se dice en el lenguaje actual, y no de una base embrutecida por la propaganda mecanizada, sino de

una base humana real. Pues no se crean artificialmente las comunidades naturales. Los socialistas nos intoxican con una visión quimérica, donde el contacto fraternal entre los hombres nacería de una reforma abstracta de las estructuras. También ellos hablan de la descentralización, de la participación, de la cogestión; de hecho, no hablan de otra cosa, pero ya sabemos a dónde conduce todo ello: a un Estado todopoderoso y a la centralización a ultranza. Entonces ¿qué?

Creed que concibo otras fórmulas que no sean la de la propiedad privada, que, por lo demás, respeto, y la del salario. Dar un salario a alguien no es tratarle como un subproducto, no es indigno de un ser humano recibir un salario; pero hay otras formas de asociación, hay otras formas posibles, aparte de la propiedad privada, que ya existieron en el pasado. La Edad Media era más social que la nuestra, ya que había muchos más bienes comunitarios que ahora, infinitamente más. La diferencia consistía en que se trataba de comunidades locales; eran monasterios, eran grupos; eran pobres pastos, era todo lo que queráis, pero al menos eran comunidades los propietarios. Luego, es posible que exista el sistema, ¿no es verdad? La seguridad puede estar proporcionada por grupos a escala humana. Me refiero a las empresas, a las corporaciones, lo que limitaría grandemente el fraude y el despilfarro. Pero hay que decir, una vez más, que no puede obtenerse esto por las decisiones del partido político por que un decreto no da ni la competencia, ni los gustos, ni las virtudes necesarias para la creación de un cierto tipo de comunidad, de la comunidad humana. Y, en el fondo, en nuestros Estados liberales —suelo decirselo a los que hablan de participación, de cogestión, etc. ...—, en nuestros Estado liberales de muy avanzado liberalismo ¿quién impide a nadie el poner en común sus dotes, su dinero si lo tienen, constituir una empresa y vivir en un régimen distinto al del salario? Por ejemplo, en un régimen de participación, de cooperativas, de mutualismo de todo lo que queráis y en la concurrencia del mercado, podrían perfectamente triunfar. Os aseguro que si cuatro o cinco viticultores de Saint Marcel d'Ardèche se reunieran para hacer buen vino, resistirían victoriosamente la competencia con las grandes cooperativas y como bien sabéis, el

cliente es juez. «Pero, ¿por qué ocurre esto tan pocas veces? He visto fundarse algunos de estos equipos pero, en conjunto y por el momento, los hombres no tienen la madurez interna necesaria para la vida comunitaria. Y esto es lo menos que puede decirse. Hay envidias, hay tiranteces, hay crisis de autoridad, se nota la falta del jefe. Y fijaos en que también las hay en las comunidades en que no se admite la autoridad de la misma manera. Pero el camino, al menos, está abierto, y nadie os impide tomarlo. Mientras que si intentáis fundar una comunidad de este tipo en la URSS, ya veréis cómo os tratan.

En el orden económico, ello no eliminaría ni la competencia ni el mercado. Estoy esquematizando mucho, pero puede concebirse un papel del Estado que consistiese en arbitrar la competencia y sanear el mercado. Muy bien puede imaginarse un concierto, una codificación de la economía; pero el Estado no puede ser, a la vez, árbitro y jugador. Y, por otro lado, las reglas del juego no eliminan la libertad de los jugadores, naturalmente. Tal vez es por este camino por donde se encuentre una salida que vaya más allá del socialismo ¡Si el Estado cumpliera con su obligación, es decir, su obligación de árbitro y coordinador, en lugar de entrar en el juego y falsearlo! Por otra parte, creo que todo renacerá por la base.

Por eso, es tan importante nombrar «responsables», cambiando el término «jefe» o el término «patrón» por el de «responsable», en un momento en que la mayoría de la gente huye de las responsabilidades. Pero, para que una responsabilidad sea real, para que sea eficaz, para que se la viva como tal por la persona, que la tenga y por las personas que de ella dependan, la responsabilidad, se quiera o no, implica un grupo pequeño, implica relaciones directas entre el hombre y su trabajo, entre el hombre y su semejante, lo cual es muy importante. Napoleón, gran conocedor de hombres y de política, decía que la guerra era un asunto de suboficiales. César decía otro tanto, aunque el término «suboficial» era entonces el de «centurión», según creo. Es algo extraordinariamente importante; no es sólo una cuestión de suboficiales, pero del suboficial al general en jefe el contacto humano no debe quedar roto en ningún grado de la jerarquía.

Un gran hombre, un gran general, me dijo un día: «¿Sabe usted...? La profesión militar me ha enseñado que sólo se manda eficazmente a cuatro hombres. Un cabo y cuatro hombres es lo ideal». Y si estos cuatro hombres mandan a su vez eficazmente a otros cuatro, y así sucesivamente, se puede llegar a la cumbre de la jerarquía. Ahora bien: lo que es bueno para la guerra, es bueno igualmente en los demás ámbitos, a condición de que no se rompa el trato humano. La eficacia de las relaciones humanas es bien conocida. Pero en fin, ¿por qué repetir evidencias?

Tengo una hija que ha estado empleada durante algún tiempo en un pequeño banco local privado. En aquella ciudad era sabido que para manejar mil millones de francos antiguos (doy esta cifra en sentido abstracto), hacía falta tres veces menos tiempo y tres veces menos trabajo en el pequeño banco que en el Credit Lionés. Ellos sabían si podían conceder crédito a un cliente sin hacerle llenar papeles, que hay que mandar a París, y con los cuales obtendré un crédito... después de haber quebrado. En definitiva, conocían a las personas, estaban en contacto con ellas.

En Rusia todo el mundo sabe que la pequeña parcela de tierra que deja a los koljokocianos produce diez veces más que los campos del koljkoce y suministra al mercado negro, al mercado libre. Pues bien, a pesar de esta experiencia llamativa, «*Reviente el país antes que reviente el principio*»... y los que chupan del principio, por supuesto; porque existe una clase dirigente.

Y así volvemos —y deseo que todos lo sintáis profundamente— a comprobar la necesidad de que exista una *élite* en todos los ambientes, absolutamente en todos. Me siento cada día más *elitista*, aunque esta calificación no gusta hoy día. Además, todas las sociedades son aristocráticas, incluidas las democracias populares. Es decir: todas están gobernadas por un pequeño grupo de hombres, especialmente por el jefe del partido, «el poder obrero»; porque los delegados de los obreros ya no son obreros: se han convertido en la clase dirigente. En definitiva, no salimos de la élite, no salimos de la aristocracia.

Lo importante sería que la nueva aristocracia mereciese la etimología de la palabra: *Aristoi*, «los mejores». Que sea el gobierno

de los mejores y no solamente el gobierno de unos pocos porque son siempre unos pocos los que gobiernan y los que animan. «*El género humano vive por pocos hombres*», como dijo Julio César. Hay que notar que aquí existe una antigüedad. «*Paucis vivit genus*». Este «*paucis*» es algo fastidioso, porque puede ser dativo o un ablativo. César pudo querer decir «*El género humano vive para unos pocos*», lo que evidentemente sería malicioso. Pero en realidad él empleó la expresión refiriéndose a una verdadera élite: «*por unos pocos*».

Ahora bien, las élites, las verdaderas élites no son delegadas por el Gobierno; no son delegadas por un partido; no son simples funcionarios (aunque puede haber élites entre los funcionarios). Si el Estado hiciera su oficio, si el Estado estuviera en su sitio... Los grandes cuerpos del Estado son algo, indudablemente. Yo he conocido todavía los tiempos en que el funcionario modesto, el maestro, el cartero eran élites, tenían una verdadera conciencia profesional; pero esto no era más que las reliquias de simples y buenas costumbres y de cristianismo que subsistían en el anonimato de las funciones; actualmente, todo está erosionado y apenas queda nada. Por supuesto, existen casos extraordinarios: yo conozco, en una oficina de correos de París, a una oficinista muy bonita que me sonríe de una manera adorable (que no tiene nada que ver con la sonrisa del comerciante, pueden ustedes creerme) cada vez que compro unos cuantos sellos. Es como un milagro y uno sale de allí como nuevo: esto es el contacto humano.

Las élites surgen mediante la competición, mediante la iniciativa, y también mediante el riesgo. Y quizá —ya que, según dicen, entiendo que estamos en la era post-industrial— mediante la superación del mito venenoso de la prosperidad material y del crecimiento a cualquier precio.

Quando nos presentan el crecimiento cuantitativo como un ideal, ¿por quiénes nos toman? En primer lugar, el crecimiento indefinido no es posible, porque no cabe crecimiento indefinido en un mundo finito. Un día, uno de los directores de la General Motors, en los Estados Unidos, hace quince años, cuando estaban en plena euforia, me contaba que vendía coches cada vez más caros. «Evi-

dentamente, los coches los compra sobre todo la clase obrera. En vista de eso, nosotros le vendemos más barato; así, los obreros a los que pagamos más, comprarán más y cambiarán de coche más a menudo; de manera que llegaremos a tener un cambio de coche anual en la clase obrera». Yo le dije: «¿Y usted cree que las cosas van a seguir así?»; y él me contestó: «¿Por qué no?», con esa magnífica sonrisa americana que se pone al pronunciar la palabra «cheese». Entonces, yo le dije: «Al final, dentro de un año, tres meses, seis meses, ¿se cambiará de coche cada media hora? Porque, en fin, todo tiene un límite...»

El crecimiento indefinido no es posible, en primer lugar y, además, no es un bien, porque la satisfacción de las necesidades artificiales no puede engendrar más que otras necesidades igualmente artificiales.

Actualmente, los franceses lo quieren todo: el coche..., ¡evidentemente es necesario!, paseos, viajes... la nieve. Ahora todo el mundo desea la nieve. No es que sea desagradable la nieve, pero, en fin, uno puede pasarse la vida entera sin nieve... Los que pueden permitírselo, tanto mejor, por mí no hay inconveniente. Pero, en definitiva, no es más que un «godget».

Todas las inutilidades se convierten en necesidades y se llega a una hiliimia cada vez más grande, porque cada vez se asimila menos. Una especie de hiliimia de diabético. Nos convertimos en diabéticos espirituales. Del griego *diabei*, poner a través. Esta es la etimología de la palabra diabetes.

Así, pues, yo creo que una de las orientaciones que permitirían ir más allá del socialismo sería (no es que sea fácil) comenzar por pequeños grupos, comenzar dando ejemplo. Sería reemplazar la carrera de la cantidad por la emulación de la calidad. Estamos, en cierto modo, tiranizados por el signo «más». Pues bien: se trata de hacer *mejor* en lugar de hacer *más*. Se trata de sustituir la obsesión del desarrollo a toda costa por el espíritu de perfección.

Y entonces quizá tendríamos, y yo lo deseo, una vida más austera y más sana, más aireada, más concorde a los ritmos de la naturaleza y más acorde, sobre todo, a los valores que dan sentido y objetivo a la existencia: la belleza, el amor, lo sagrado son cosas completamente ajenas a la civilización cuantitativa y, con mayor ra-

zón, a la civilización socialista. André Malraux decía que el siglo xx había sido técnico y que el xxi sería místico. Hay que esperar que el péndulo de la Historia nos lleve a ello. Pero, lo repito, no será tampoco el paraíso terrenal. El paraíso terrenal está cerrado definitivamente. No está cerrado por reformas, sino para siempre. Pero sería, por lo menos, un presente hacia la eternidad.

Porque, mirad: el socialismo es un ídolo, es un falso dios que forma en nosotros la imagen de Dios, porque es contrario a la naturaleza humana. Pero no es el único ídolo y yo quisiera que retuvieseis esto: ante cada ídolo, no basta con decir «no» al ídolo, hay que procurar recuperar la realidad de la cual el ídolo es la caricatura. Dicho de otro modo: si se trata de socialismo, estamos por lo social contra el socialismo, como estamos por la comunidad contra el socialismo, como estamos por la libertad contra el liberalismo, como estamos por el amor contra el erotismo. Y así sucesivamente. La lista podría continuar hasta el infinito.

Para ir más allá del socialismo, hay que correr riesgos, y allí donde el socialismo triunfe —lo cual no es inverosímil—, habrá otras oportunidades para resistir a su presión porque aún en el seno de una sociedad totalitaria se puede resistir; Solzhenitsin nos lo ha demostrado: se resiste al otro lado del telón de acero; se resiste con grandes riesgos.

Pero quizá hay que recordar que, como se ha dicho, «*las probabilidades crecen con el peligro*» y el peor peligro que nos amenaza se halla en la falsa seguridad del consentimiento a la mediocridad y a las servidumbres.

Me gustaría terminar con esta última palabra. Puesto que la política lo decide todo, yo aconsejaría de buena gana a muchos jóvenes —yo que nunca lo he hecho—, que hagan política tal como los caballeros de la Edad Media iban a las Cruzadas o como se entra en religión. Hay que hacer política, una política al servicio del hombre, gracias a la cual la política no lo gobierne todo; una política despolitizante, por decirlo así, que devuelva al hombre y a los grupos humanos sus libertades y sus responsabilidades.

Dicho de otro modo, se trata de reagrupar a los hombres en torno

a un mínimo vital que se enfrente con el socialismo. Esta es la buena política. Platón lo sabía ya: en la cima de la escala de los valores humanos colocaba al hombre político, al guardián de la ciudad; le ponía incluso por encima del filósofo; después venían el guerrero, el artesano y toda la jerarquía, que ahora no recuerdo. Y en el último grado de la escala de valores, al nivel de la infancia, él que ponía la política por encima de todo, ponía al demagogo o adulator del pueblo.

Ahora bien, lo que necesitamos son verdaderos políticos; no se trata de luchar por conseguir cargos, sino de procurar cambiar el ambiente de la ciudad. No sé si esto será posible sin una catástrofe. Hay que luchar, y yo creo que la lucha sería extremadamente dura. No quiero que os hagáis ilusiones (me refiero en especial a los jóvenes). Aquí, en esta sala, sentimos todos el calor de la comunión; pero mañana, en medio del mundo, de un mundo indiferente u hostil a todo lo que nosotros creemos y amamos, mucho me temo que sentiremos frío. Nietzsche decía, hablando precisamente del socialismo: *«Vamos hacia el frío, hacia un frío cada vez mayor»*. Y en efecto, en los países totalitarios los rostros humanos no son alegres, no irradian precisamente la felicidad. Habrá que sobreponerse a este frío. Es posible que tengamos que encontrarnos en callejones sin salida. Hay que acabar como cristianos y decirnos que, para el hombre que cree en Dios, puede haber callejones sin salida, pero no hay callejones con techo. En palabras de Bossuet: *«cualesquiera que sean las barreras que nos rodean en este mundo, cualesquiera que sean los obstáculos, siempre podremos respirar volviéndonos hacia el cielo»*.

Acabará con las bellas palabras de un padre jesuita —no un jesuita de hoy— que fue un apóstol del Canadá. Cuenta su viaje y las amenazas de naufragio: En un momento dado, el barco dio la impresión de que no resistiría; entonces él se dijo: *«¿Qué haré yo en medio del mar, sin tener a nadie que me socorra, que me tienda los brazos, en medio de un mar enfurecido, en medio del Atlántico...? Y entonces me tranquilicé, me sentí feliz, porque me dije que cuantas menos criaturas, más Creador»*. Es verdaderamente admirable; son las más bellas palabras que puede decir un cristiano.

Y ya que nombramos al Creador, la política, en un sentido muy amplio de la palabra, la política que vosotros crearéis en las primaveras de vuestra vida, en vuestro entorno, es lo que el Creador ha querido, ya que en su conjunto —hace un momento hablábamos del contacto humano y de la fraternidad— está conforme con las leyes de la creación y por lo tanto con los designios del Creador.

Y podemos concluir diciendo que hasta en el peor de los casos —que no queremos ni prevemos, pero al que hay que prepararse—, en el peor de los casos, «¿Quién contra nosotros, si Dios con nosotros?».